



UTEBO

Cervantes NO escribió el Quijote

— UTEBO —

Una suave brisa del sur y el tibio sol que templaba la mañana hacían que el campus estuviera más animado de lo normal en los primeros días de primavera. Pequeños grupos de estudiantes salpicaban las praderas de césped, algunos ancianos leían el periódico en los bancos más soleados y una señora mayor paseaba un cuarteto de minúsculos y ladradores chihuahuas que corrían alborotados hacia cada uno de los tilos que jalonaban el amplio paseo central. Al fondo, se levantaba la fachada de ladrillo rojo de la vieja Facultad de Filosofía y Letras.

Aquel día, Paco, mi compañero de piso, y yo nos dirigíamos hacia el edificio para asistir a una de las charlas que mensualmente se impartían en el Aula Magna. Además, siguiendo la moda imperante, las ponencias también se transmitían por el canal de YouTube que la Facultad había inaugurado este último año.

Aunque la mayoría de las veces las charlas en cuestión eran verdaderos tostones sobre literatura medieval o sobre la obra de autores asiáticos o africanos que no conocía ni comprendía absolutamente nadie, esta vez el título de la charla: “Cervantes no escribió el Quijote”, había levantado un gran revuelo entre los estudiantes y seguramente el gran salón y el canal de YouTube estarían a reventar.

Para conseguir un buen lugar en la sala, Paco y yo llegamos media hora antes del inicio y pudimos comprobar que habíamos hecho bien. La mitad del aula ya estaba llena y de cada una de las tres puertas de acceso, un continuo goteo de personas iban poblando de asientos el gran salón. Un par de asientos libres en la sexta fila llamaron de inmediato nuestra atención. Con presteza, algún empujón y varios “disculpa”, los ocupamos antes de que nos los birlaran.

El murmullo era incesante. En la gran mesa que ocupaba el estrado, delante de una enorme pizarra doble, un par de técnicos daban la última revisión a las cámaras, micros, proyectores y cables que se iban a emplear en la charla y en la emisión por internet.

En el centro de la mesa, un tipo alto y enjuto con redondas gafas doradas sobre una nariz aguileña y cabellos largos con abundantes canas, tecleaba en un ordenador portátil. De vez en cuando, asentía en silencio a alguna de las preguntas de los técnicos mientras hacían su trabajo.

El ponente no era miembro de nuestra Facultad. Consultamos en el móvil el programa de actividades, se llamaba Ernesto Luque y era profesor asociado de la Universidad de Lovaina. Una breve reseña biográfica informaba que era natural de un pueblo de Jaén, se había licenciado en la Universidad de Sevilla, doctorado en la Complutense y llevaba más de veinte años en Bélgica donde daba clases de filología hispánica. Este curso se encontraba en un intercambio docente.

Conforme se aproximaba la hora de comienzo, el vicedecano, quien solía presentar las charlas, entró en la sala, intercambió un par de palabras con los técnicos que ya se retiraban a su posición de control y subió al estrado. Cuando el ponente se percató de su presencia, se puso de pie y le saludó con un apretón de manos. El profesor Luque le sacaba casi una cabeza, pero la pronunciada curva de su espalda hacía que prácticamente se miraran cara a cara. El profesor puso encima de la mesa un grueso maletín de cuero marrón del que sacó, delicadamente envuelto en celofán transparente, un volumen que colocó en un pequeño atril que había sobre la mesa. A su lado depositó dos paquetes compuestos por sobres de diferentes tamaños atados con cordel. Desde donde nos encontrábamos era imposible distinguir lo que ponía en la portada del libro o en los sobres postales.

El vicedecano se acercó a un micrófono de pie que había en un lateral del estrado; tras intercambiar una mirada de aprobación con el técnico que se encontraba al final de la sala, lo activó y comenzó la presentación.

—Alumnos, alumnas y asistentes que nos seguís por internet en nuestro canal de YouTube, buenos días y sed bienvenidos a una nueva charla de la Facultad de Filosofía.

Brevemente, repasó los datos y las buenas valoraciones que el programa de las charlas estaba teniendo. Agradeció a los anteriores ponentes la disponibilidad para contestar las preguntas y cuestiones que llegaban con posterioridad a las ponencias y también tuvo unas palabras para los

técnicos y los administradores de las redes sociales de la Facultad que hacían posible la actividad. A continuación, hizo una escueta semblanza del profesor Luque, de sus logros académicos y comentó la gran expectación que entre la comunidad científica había levantado la ponencia que íbamos a escuchar. Es posible, dijo, que a la vista del título de la ponencia estuviéramos viviendo un momento histórico. Sin más preámbulos, cedió la palabra al invitado y se sentó en la primera fila.

Sobre la pantalla que se había desplegado desde el techo tras el estrado aparecieron dos proyecciones, una correspondía al ordenador del ponente y la otra, más pequeña, a la emisión en directo o “*streaming*”, como la llamaban los iniciados en temas digitales, que se realizaba por YouTube. Las luces de la sala se atenuaron, solamente la proyección y el espacio ocupado por el ponente destacaban entre las sombras. La sala se sumió en un silencio casi absoluto, apenas roto por esporádicas toses, leves cuchicheos y algún tono de mensajes en móviles no silenciados.

El profesor Luque activó el micro que tenía frente a él y dio comienzo a su ponencia.

—Buenos días —su voz profunda retumbó en el aula.— Voy a contarles una historia...

El profesor explicó que hacía tres años, durante las vacaciones de invierno, decidió pasar una temporada en el pueblo de su familia, una pequeña pedanía jienense en las estribaciones de la Sierra de Cazorla. En la casa familiar aún vivían dos tías abuelas solteras que nunca habían salido del pueblo y que eran el único vínculo con sus orígenes que aún le quedaba.

Le acomodaron en un cuarto orientado al sur y aunque en Jaén hace un calor de justicia, en invierno, tan cerca de la sierra, el sol no era algo que hubiera que despreciar a priori. La casa de sus tías era un caserón antiguo muy cercano a la Iglesia del pueblo. Tenía un par de patios y amplios doblados en los que se amontonaban cajas con ropas, muebles viejos, baúles de madera y todo tipo de cachivaches que a lo largo de los años se habían ido desechando y que, en lugar de tirarlos, habían encontrado acomodo en aquellas estancias señoreadas por la penumbra y las telarañas.

La voz del profesor, profunda y melódica, sin rastro de acento andaluz (claramente los años en el extranjero habían hecho su trabajo) llenaba de una líquida sonoridad la sala. Aunque lo que contaba

el profesor no parecía tener un gran interés científico, la forma en que lo hacía lograba captar y sostener la atención de la audiencia. En la pantalla que monitorizaba la emisión se podía comprobar cómo la audiencia que la seguía iba en aumento, no rápida, pero sí incesantemente.

A continuación, el profesor nos relató como, a los tres o cuatro días de estar de vacaciones, cuando el cansancio del curso ya había desaparecido, su innata curiosidad le llevó primero a curiosear por el pueblo y luego, con el permiso de sus tías, a echar un vistazo a lo que los desvanes guardaban desde hacía años. “Un día nos van a salir ratas de ahí arriba”, dijo una de sus tías. “Mira a ver qué te quieres llevar, así costará menos vaciarlo el día que nos muramos”, dijo la otra.

Con el beneplácito de las ancianas, se internó en los desvanes durante días. La luz de un par de mortecinas bombillas apenas iluminaban los abuhardillados, algunos muebles proyectaban densas sombras que dificultaban la visión de los centenares de objetos que se esparcían por doquier. El profesor incluso tuvo que comprar una potente linterna en el supermercado del pueblo para poder investigar las estancias.

Había cajas llenas de loza, de libros, algunos deteriorados por la humedad, figuritas de porcelana con desconchones, un set de navidad con árbol, bolas de colores, espumillones y un belén completo; muchas cajas llenas de ropa del año de Maricastaña, zapatos, bolsos, gorros, cinturones... En los cajones de un mueble alto aún había velas a medio gastar, guías de teléfonos, rollos de cuerda, una caja de herramientas oxidadas. El profesor comentó que si se hubiera llevado todo aquello a Lovaina, con lo aficionados que eran los belgas a los mercadillos de viejo, podría sacar dinero para irse seis meses de vacaciones a las Bahamas.

Uno de los días en los que andaba curioseando, llamó su atención una maleta de cuero que se encontraba encima de un mueble alto en el fondo más sombrío del desván.

En la gran pantalla iban apareciendo fotografías que ilustraban las palabras del profesor; en una de ellas pudo verse claramente, iluminado por el flash, el objeto al que se refería. Cuando el murmullo que recorrió la sala se extinguió, continuó con su relato.

Para acceder a la maleta había tenido que apartar varias cajas grandes, un caballo de madera y un par de grandes maceteros de barro. Su altura le permitió hacerse con ella sin mucha dificultad. Era una maleta mediana de cuero marrón, bastante ajada. Tenía un armazón de madera o de cartón muy duro y sendas correas con hebillas doradas a ambos lados del asa principal. Intentó abrir los candados de latón dorado pero estaban cerrados con llave. Le quitó un poco el polvo y la bajó al salón. Preguntó a sus tías si sabían algo de aquella maleta y si tenían las llaves.

“—No hijo, esa maleta siempre ha estado cerrada —le contestaron.

—Creo recordar —dijo una de ellas, — que perteneció al tío Félix, el que murió en el frente del Ebro en el 38.”

En la gran pantalla aparecieron algunas fotografías en blanco y negro de la batalla más cruenta de la Guerra Civil Española.

“—Varios años después de la Guerra, un amigo del tío Félix, vino a visitarnos y trajo esa maleta — recordó una de las hermanas. —El visitante nos contó que Félix le había pedido que, si caía en el frente, le llevara la maleta a su familia. La parca lo atrapó junto a otros tres compañeros en una escaramuza contra una batería de los nacionales cerca de Mora de Ebro. Poco antes de acabar la guerra se había pasado a Francia, luego se unió a la resistencia y luchó contra los nazis. Finalizada la guerra mundial, había podido volver para cumplir la palabra dada. El amigo del tío Félix dijo que desconocía el contenido de la maleta, que estaba cerrada y él no tenía las llaves. Nos dejó la maleta y se despidió. Nunca volvimos a saber de él.

—Tu abuelo —prosiguió la otra hermana—, que nunca se recuperó de la noticia de la muerte de Félix, ni siquiera quiso saber qué había en la maleta. La subió al desván y no la volvimos a ver.”

Con no mucho esfuerzo y la ayuda de un destornillador pequeño pudieron abrir la vieja maleta. En el interior había un montón de cuadernos de hule negro, un estuche con lápices de colores, los dos fajos de cartas atadas con cordel que se podían ver sobre la mesa (en la pantalla apareció una fotografía con el detalle), unas carpetas con documentación variada y finalmente, en el fondo,

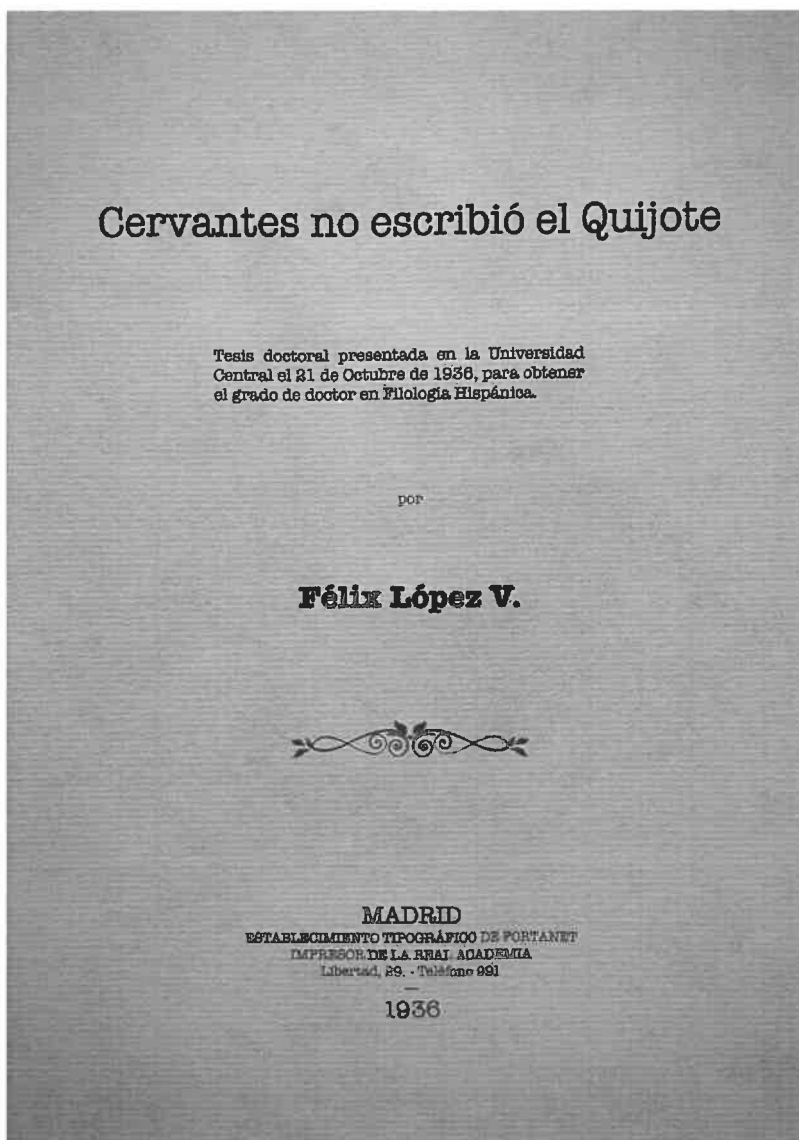
cuidadosamente envuelto con papel de embalar, estaba el libro que el profesor había dejado en el atril. La portada apareció en la pantalla y esta vez pudimos leer el contenido con claridad.

Tras un breve instante, el tiempo que nos tomó leerlo con atención, un revuelo se extendió por la sala como una ola. Muchos de los asistentes sacaron sus móviles y fotografiaron la pantalla. En pocos instantes las redes sociales empezaron a animarse; el “hashtag” #cervantesNOescribioQuijote se convirtió en tendencia en Twitter y el contador de vistas del “streaming” subía como la espuma.

Pacientemente, el profesor Luque esperó a que el revuelo se

apaciguara antes de continuar con su historia. Aquella voz, dulce y profunda, que parecía de película, volvió a tomar el control de la sala.

—Se encuentran ustedes ante el único ejemplar existente de la tesis doctoral que escribió Félix López V. en 1936. La tesis doctoral del profesor López nunca pudo presentarse ya que, debido al inicio de la Guerra Civil, las clases de la Universidad Central quedaron suspendidas y muchos de los estudiantes se incorporaron a las filas del ejército republicano; Félix López no fue una excepción. Como pueden observar, la presentación de la tesis estaba programada para la vuelta de las vacaciones de verano, el 21 de octubre de 1936, cosa que nunca sucedió. Los ejemplares de la



tesis que fueron impresos para el tribunal académico fueron objeto del “bibliocausto” franquista que, liderado por el catedrático de Derecho Antonio Luna, tuvo lugar el 23 de abril de 1939. En el patio de la universidad ardieron numerosos libros que los vencedores de la contienda consideraron contrarios a los “nuevos valores” de la vieja España. Creemos que un libro que ponía en tela de juicio uno de los pilares culturales de España no era visto con buenos ojos por los nuevos guardianes del canon hispánico. Los ejemplares que quedaron en la Universidad fueron pasto de las llamas.

El profesor Luque interrumpió su relato para tomar un poco de agua. En la pantalla apareció una fotografía en la que varios estudiantes saludaban brazo en alto ante una pira de libros. En la sala no se oía ni una mosca.

—Durante los últimos tres años hemos estudiado el ejemplar que se salvó de la quema junto con el resto de documentación que había en la maleta. Hoy, podemos afirmar que Félix López V. hizo un trabajo extraordinario y que, por muy disruptivo que fuera, hubiera sido merecedor de la mas alta calificación por el tribunal que hubiera juzgado su tesis doctoral.

—Durante más de un lustro, Félix López había investigado a fondo. Mantuvo correspondencia con la mayoría de los cervantistas, tanto españoles como extranjeros. Aquí se conservan las cartas con las respuestas que recibió a sus preguntas de doctos investigadores de medio mundo —dijo señalando los dos montones de cartas que volvieron a aparecer en la pantalla.

—La tesis de Félix López tomó forma cuando se preguntó cómo era posible que una persona del siglo XVI, de la que no había constancia de que hubiera ido al colegio ni que estudiara antes de los 19 años; nacido en una familia con continuos apuros económicos, que andaba sin parar de acá para allá escapando de los acreedores, cuya vida se había desarrollado como soldado de fortuna, había estado preso en Argel; y solamente había sido capaz de publicar en vida tres obras, cuando contemporáneos como Lope de Vega, Góngora, Tirso de Molina o Quevedo habían publicado decenas o centenares, hubiera sido capaz de escribir una obra maestra como el Quijote. Félix pensó

que allí había gato encerrado y que podía merecer la pena investigar aquel asunto. ¿Era posible que España hubiera cimentado sobre arena uno de sus más importantes pilares culturales?

—Estas y otras reflexiones están recogidas en los cuadernos de hule que encontramos en la maleta y que son una ayuda imprescindible para comprender el trabajo investigador que llevó a cabo —. Algunas imágenes de los cuadernos, plagados de notas de apretada escritura aparecieron en la pantalla.

—En su tesis, Lopez V. realiza una minuciosa reconstrucción de la vida de Miguel de Cervantes y de su época. La España de la segunda mitad del siglo XVI y principios del XVII, que más que el Siglo de Oro debería llamarse el “Siglo de la Miseria”. La idealizada imagen que el cine o la literatura romántica nos han traído de aquella época, nubla absolutamente nuestro juicio sobre el auténtico día a día de los españoles de entonces. El relumbrón de las cortes imperiales y de las grandes hazañas náuticas o bélicas, no deben evitarnos juzgar con rigor una época en la que la miseria, el hambre, las enfermedades o la mugre más rancia inundaban por doquier la sociedad hispana. Las calles de las ciudades eran de tierra donde la gente y las caballerías arrojaban sus miasmas y excrementos sin contemplación. En los pueblos, personas y animales vivían en pocilgas compartidas, el hedor era insoportable, la limpieza inexistente, el hambre endémica y la salud flaca, por decir algo. La mayoría de la gente carecía de lo esencial, por lo que muchos estaban dispuestos a las más disparatadas aventuras para intentar salir de la miseria; y Cervantes fue uno de ellos. En él, se dieron las circunstancias clave para convertirlo en un aventurero, pero ¿se dieron las condiciones para convertirlo en un escritor al nivel de los más grandes de la historia?. Esa era la gran pregunta que estaba por resolver.

El profesor Luque hizo otra pausa de hidratación mientras aquellas frases lapidarias se asentaban en la audiencia. Grabados y pinturas de la época que desfilaban por la pantalla apuntalaban eficazmente su discurso.

—A lo largo de las más de doscientas páginas de su tesis, Félix Lopez V., utilizando complejos análisis lexicográficos y la mayoría de las herramientas que la ciencia filológica le ponía a su disposición, logró demostrar que Miguel de Cervantes Saavedra NO pudo ser el autor de la monumental obra literaria que es *“El ingenioso hidalgo Don Quijote de la Mancha”*. Es más, en el último capítulo de su obra establece con claridad quién es el probable autor de la obra quijotesca basándose en una documentación que fue capaz de recuperar en el antiguo archivo de Simancas.

—Por último, quiero confirmarles que, usando todas las herramientas que la ciencia moderna ha puesto a nuestra disposición, hemos podido comprobar que la tesis que Félix López V. defendió, es cierta. Nuestras conclusiones serán presentadas en la Universidad de Lovaina en el acto de inauguración del próximo curso. Esperamos que asistan a la misma. Gracias por su atención.

El tumulto que se organizó en la sala fue espectacular. Todo el mundo quería hacer preguntas y las redes sociales estaban que echaban humo. Hasta los de seguridad se tuvieron que interponer entre la gente alborotada y el estrado. Pero el profesor Luque, impasible, recogió su ordenador, las cartas y el libro de la tesis, estrechó la mano del vicedecano y salió por una puerta lateral.

Dos días duró el revuelo en la Universidad y unos días más en las redes sociales; luego el asunto quedó como latente, en espera de la ponencia en Lovaina.

La sorpresa que nos dejó helados saltó al final de curso cuando nos enteramos que el profesor Luque había fallecido en un accidente de coche. Al parecer, volviendo de París a Lovaina, se había salido de la calzada y el coche se había incendiado. En las redes sociales opiniones de todo tipo dieron explicaciones de lo ocurrido. Hacia final del verano casi todo había quedado en el olvido.

Epílogo

Justo antes de empezar el nuevo curso, pasé unos días en Barcelona en casa de mis tíos. Una mañana, fui con mi primo a dar un paseo por el “Port Olímpic” que estaba tan animado como siempre. No habíamos hecho nada más que sentarnos a tomar una cerveza cuando me percaté de

que en una mesa cercana estaba un profesor de la Facultad de Sociología, Jaime M., al que conocía por haber asistido a alguno de sus seminarios sobre temas de actualidad como comunicación social, influencia de la redes sociales en la política, “Fake News”, Postverdad, etc. El profesor M. charlaba distendidamente con otro hombre. Aunque sus rasgos eran algo diferentes, tenía el pelo corto, la barba canosa bien recortada y gafas de sol, me recordaban enormemente al malogrado profesor Luque. La curiosidad me impulsó a agarrar a mi primo del brazo y a acercarme a la mesa a saludar al profesor.

—Hola, buenos días, profesor M. —saludé intentado disimular la ansiedad—, ¿se acuerda de mí?, estuve en el seminario de redes sociales. Este es mi primo Miguel.

—Buenos días —dijo Miguel sin saber muy bien qué hacía él allí.

—¡Hola, muchachos!, buenos días. Sí, claro que me acuerdo de ti, perfectamente. ¿Qué haces en Barcelona? —su tono era afable y distendido.

—Paso unos días con mi familia. Disculpe que le moleste, pero al verles me ha parecido que su compañero se parece mucho al profesor Luque, aquel que vino a darnos una charla sobre Cervantes. Sé que no es posible, pero...

—Buenos días —dijo el acompañante con una inconfundible voz profunda y melodiosa—, Jaime, si te parece, nos vemos mañana; ahora os dejo, seguramente tendréis cosas de que hablar —. Cuando se puso de pie comprobé que su fisionomía era idéntica a la del profesor Luque. Pero no podía ser, Luque había muerto en un accidente de coche.

—Nos vemos Eusebio —dijo el profesor M. estrechándole la mano.

—Siéntante antes de que te caigas —me dijo acercándose una silla—. Sentaos, os voy a contar algo.

El profesor M. nos explicó que su acompañante era Eusebio Gómez, un actor de doblaje que trabajaba en los estudios cinematográficos de Barcelona y que además era profesor en la prestigiosa

Escuela de Doblaje de la Ciudad Condal. Estaba seguro que su voz la habíamos oído en muchas películas de los años 80 y 90.

—Habéis sido objeto —nos dijo —, junto con miles de personas más, de un experimento social. Todo lo que pasó alrededor de la charla “Cervantes no escribió el Quijote” era un montaje. El personaje del profesor Luque, su historia, la de su familia, la de su tío Félix Lopez V., la tesis doctoral, etc., todo había sido minuciosamente preparado para crear una narrativa coherente que preparara a la audiencia para recibir una noticia altamente impactante. Una noticia que, por proceder de un pasado desconocido para la mayoría, bien podía ser cierta. Una información que creaba una nueva y polémica realidad que se filtraba entre las sombras de la historia.

—Pero, consultamos el perfil del profesor Luque...

—¿En LinkedIn?

—Claro, dónde va a ser.

—Primer error. ¿Quién os asegura la veracidad de la información en las plataformas?. Nadie. La solución era sencilla: si hubierais llamado a la Universidad de Lovaina os habrían dicho que allí no había ningún profesor Luque. No llamó casi nadie. Además hicimos coincidir la charla con la semana de fiestas locales en Lovaina y la Universidad se encontraba cerrada.

—¿Y el streaming?, allí veíamos cómo evolucionaba la audiencia, llegaban preguntas al chat...

—Granjas de clicks y perfiles prefabricados.

—Pero la noticia armó un gran revuelo, incluso había gente que pedía que se suspendiera el premio Cervantes mientras se aclaraba el asunto. A mi amigo Paco, que le gusta andar brujuleando por los foros conspiranoicos, al día siguiente lo habían incluido en tres grupos de whatsapp y dos de Telegram donde el revuelo era monumental. Alguno hasta pedía que le devolvieran el dinero de la matrícula de bachillerato.

—Ese era el objetivo. Durante semanas estuvimos monitorizando el eco en las redes sociales, lo que nos permitió comprobar algunas hipótesis y descartar otras. La noticia creó un pico de expectación

que duró apenas una semana, luego cayó en picado ya que otros temas de actualidad reclamaban foco. Cuando filtramos la muerte del profesor y la destrucción de la tesis, hubo otro pico de atención que fue decayendo un poco más lentamente. Como te decía, se trataba de un experimento social.

—Pero ahora queda gente que cree de veras que Cervantes no escribió el Quijote...

—Igual que hay gente que cree que la tierra es plana, que nos fumigan desde los aviones o que en las vacunas te inoculan un chip, pagado por Soros y la Internacional judeo-masónica, para volverte impotente. Aunque ahora reveláramos la verdad, muchos pensarían que se trata de una manipulación más, que lo hacemos obligados por las élites o que estamos intentado ocultar que al profesor Luque lo mató la CIA o el Mosad, o que era un agente chino, o cualquier otro desbarre.

—Entonces nunca podremos estar seguros de nada.

—Como os he dicho mil veces en clase, mantener un sano escepticismo es imprescindible; nunca hemos estado seguros de nada; nunca ha existido una sociedad de la verdad. La información siempre ha estado reelaborada por los gobiernos, los medios o la gente para servir a sus propios intereses. Es una constante social desde que vivíamos en las cavernas.

—Pero, ¿ahora parece que somos mucho más vulnerables? —pregunté.

—Cierto, y es porque la revolución digital lo ha acelerado todo, ha derribado las barreras de espacio y tiempo y ha creado una “aldea global”, un ente digital en el que todos vivimos y en el que la distancia que nos separa se ha reducido a un par de “clicks”. Solamente hay una solución: escepticismo inteligente, exigir pruebas fiables, sentido común y pensarlo dos veces antes de reenviar lo que nos llega por las redes.

—Pero profesor... —la voz de mi primo Miguel me sorprendió, ni me acordaba que estaba allí—.

Al final, ¿el Quijote lo escribió Cervantes o no?

—Esa, Miguel —contestó el profesor M. con una sonrisa—, es una buena pregunta...

- - FIN - -